

REFLEXIONES POLITICAS

AL FINAL DE UN QUINQUENIO

Arturo Sosa A.

Una de las características de nuestra experiencia democrática venezolana es la ausencia de auténticos balances de cada uno de los períodos constitucionales. Como el final de cada quinquenio coincide con la fase culminante de las elecciones nacionales, pueden más las expectativas ante el gobierno que va a comenzar que los deseos de evaluar los resultados del período que finaliza. Para algunos, las elecciones mismas constituyen ese "balance": la derrota del partido de gobierno equivaldría a una percepción negativa de su actuación, mientras que el triunfo electoral del partido de gobierno se interpretaría como aprobación popular de la gestión realizada. El tipo de campaña electoral que se realiza en Venezuela poco contribuye a la realización de ese balance.

Profundizar la vida democrática significaría, entre otras cosas, encontrar los mecanismos a través de los cuales los gobernantes que finalizan un período constitucional puedan "rendir cuenta" al país de su gestión, y la opinión pública pueda hacer una evaluación serena de los avances y retrocesos experimentados durante ese período. La realización de un cuidadoso balance de cada quinquenio gubernamental sería una de las maneras de vivir nuestra historia más conscientemente y de adueñarnos de nuestro camino.

LA PIEDRA DE TOQUE

Desde el punto de vista político el eje fundamental, el punto crucial o la piedra de toque para realizar una evaluación de los cinco años del actual período constitucional podría ser su contribución a la democratización de la vida venezolana. En otras palabras, un balance político del gobierno de Luis Herrera Campíns exigiría que respondiéramos a la pregunta de si hemos crecido y cuánto en democracia desde 1979 hasta hoy.

La respuesta a esa pregunta no es sencilla. Haría falta una "unidad de medición" que permita establecer con cierta claridad si hemos crecido en democracia. El criterio fundamental para medir la democratización de la sociedad sería el grado de participación cualitativa del pueblo venezolano en el poder político, es decir, en qué medida los objetivos que persigue nuestro devenir

social son los intereses de ese pueblo, y en qué medida las decisiones que se toman para conseguir esos objetivos son realmente tomadas por el pueblo.

Ese balance del proceso de democratización implicaría, por tanto, evaluar los cambios en la composición y actuación del Estado como principal aparato de poder político en las actuales relaciones sociales venezolanas. Habría también que evaluar el papel de los partidos en la vida política y verificar el grado de "despartidización" que se va logrando en áreas de la vida civil o dicho de otra manera, establecer si la población venezolana ha avanzado en la autogestión de lo cotidiano con autonomía respecto al Estado y los partidos. Implicaría también establecer el papel de las elecciones y si se ha dado algún paso significativo hacia mecanismos que permitan al pueblo decidir la marcha de la sociedad y no solamente elegir unos "representantes" propuestos por las organizaciones políticas. En fin, un signo inequívoco del crecimiento democrático es la existencia y fortalecimiento de organizaciones populares autónomas.

A partir de estos indicadores demos una rápida mirada a lo que han sido los últimos cinco años de vida política en Venezuela.

CAMBIO DE DECORACION

La estructura fundamental de esta democracia venezolana luce estable y fuerte. Estos cinco años han sido una demostración de que habitamos en una casa bastante bien construida y en la que se puede vivir, sobre todo si la comparamos con nuestro pasado y con el presente dictatorial de nuestros vecinos. El acuerdo político que sirvió como fundamento a la estructura de esta democracia ha sufrido un fuerte deterioro. Las relaciones entre los dos grandes partidos, entre COPEI y el gobierno, entre los grupos económicos, el gobierno y esos partidos se han notablemente modificado. Al final de este quinquenio encontramos que los mecanismos de diálogo, negociación y conciliación entre los socios del pacto democrático venezolano no funcionan con fluidez y que no se han encontrado unos canales de comunicación más expeditos. El uso y abuso de esta casa democrática en la que habita-

mos la ha ido desgastando sin que el mantenimiento y las reparaciones se hayan hecho a tiempo por lo que luce sumamente descuidada.

El Estado mantiene su gigantismo que invade todos los rincones de la vida venezolana. La dinámica adquirida por la acción estatal desde el aumento de la renta petrolera en 1974 y multiplicada en 1978, no ha sido frenada ni siquiera por la mengua que los mismos ingresos petroleros han sufrido este año. Las dimensiones y dificultades de pago de la deuda externa son un signo de una visión política equivocada del papel del Estado. La democracia venezolana ha creado un Estado que cree poder hacerlo todo en las más variadas áreas y dimensiones de la vida social. Es un Estado que le quita espacios a la sociedad civil en lugar de promover la gestión autónoma cada vez mayor de la población misma. En estos cinco años ha prevalecido la tendencia del Estado a crecer, a meterse en todo, a crear más dependencia sobre la tendencia a reducir su acción y convertirse en instrumento de una sociedad civil fortalecida.

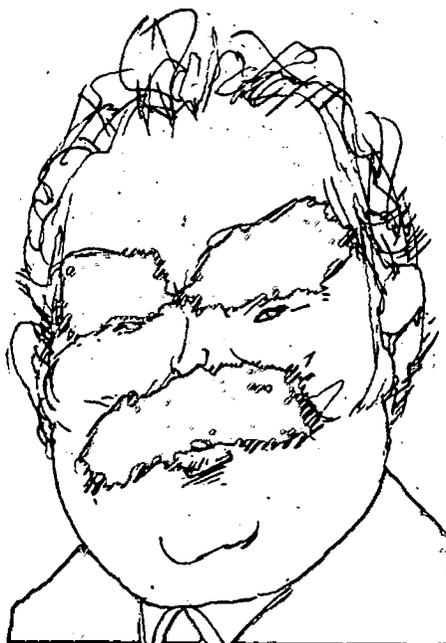
Dos rasgos más son dignos de ser notados en la acción estatal en este quinquenio. Primero, la acentuación del presidencialismo: Aunque Luis Herrera Campíns ha ejercido la Presidencia de la República con un estilo muy propio, dedicando mucho tiempo a "estar en la calle" y en los medios de comunicación, la centralización en las decisiones se ha acentuado. A ello han contribuido las malas relaciones con el partido y la constitución de un equipo de gobierno bastante gris como conjunto y poco integrado. Segundo, se ha profundizado la ideología de la "seguridad nacional" como justificadora de las acciones del Estado: al manejo de la política exterior con relación a Centroamérica y el Caribe, en los problemas fronterizos y en las relaciones con los Estados Unidos, se añade una política interior de alto contenido represivo, baste recordar la matanza de Cantaura, el "plan unión" y las reacciones presidenciales cuando se ha criticado la adquisición por parte de Venezuela de 24 costosísimos aviones de combate F-16.

En los partidos llamados del orden se ha acentuado el proceso de

"cogollización". En parte por el surgimiento de corrientes y divergencias internas tanto en AD como en COPEI, y en parte por la estabilidad misma del sistema que no ha tenido en los últimos años fuertes enemigos internos o externos se ha reducido notablemente la participación de las bases y la dirigencia media en los grandes partidos. Las decisiones partidistas y de política nacional se toman en pequeñísimos círculos de pocas personas sin ninguna consulta más amplia, con lo cual, sin duda, disminuye la democracia real. Este proceso ha reducido las posibilidades de ascenso en los partidos, ha acentuado la desconfianza en ellos como representación de sectores de la población venezolana y ha desestimulado la participación política a través de la vida partidista.

La diversificación de la economía en los últimos años ha conducido a que lo que fue la élite económica sustentadora del Pacto de Punto Fijo se haya también desmembrado en distintas "élites" según los diversos sectores de la actividad económica y sus conexiones con grupos del exterior. Entre los sectores económicos y con el Estado se dan pugnas de intereses. Con ello se ha producido también una diversificación de las élites económicas en su presencia y acción política en el país. La más influyente es la élite representada por los llamados **grupos económicos** (Cisneros, Mendoza ...) que se caracterizan por integrar en su seno empresas que actúan en todos los sectores de la economía y, generalmente, asociados con intereses transnacionales. Por otro lado se mantiene FEDECAMARAS como intento de conciliación gremial para la acción política de diversos sectores con intereses variados. A ello se añade el inmenso crecimiento de la actividad directa del Estado en el campo económico. De esta manera, en el momento actual a la estabilidad de esta democracia le basta el acuerdo entre el Estado y los **grupos económicos** más poderosos, reduciendo también así la participación de aquella parte de la sociedad dedicada a la actividad económica privada.

Los gremios profesionales, por su parte, han venido recorriendo el camino de la "corporativización" que los lleva a enfrentar al Estado desde una perspectiva estrecha, prescindiendo del conjunto de la casa para ocuparse solamente del buen estado de sus habitaciones particulares aun a riesgo de deteriorar otras partes de la casa y el equilibrio en las relaciones del conjunto del sistema de-



mocrático.

Algo que aparece evidente en estos años es la disminución de la democracia sindical en Venezuela. Los casos de la intervención del sindicato SUTISS en SIDOR y el de la industria textil fueron muy conocidos aunque no remediados. Pero, además de esos casos extremos y clamorosos, hoy se vive en Venezuela una atmósfera de asfixia sindical. Las posibilidades efectivas de los trabajadores "normales y corrientes" de reclamar sus derechos están prácticamente anuladas por una estructura sindical impenetrable controlada por los grandes partidos políticos.

En los sectores dominantes de esta democracia venezolana existe conciencia del deterioro de la casa por ellos mismos construida y mal mantenida. De allí la importancia que le han dado a las elecciones de 1983 como momento de refacción de la casa y para introducir algunos cambios de decorado. La propuesta adecuada del "pacto social", la copeyana de una convergencia nacional-calderista para enfrentar una coyuntura crítica, y la disposición a aumentar la cuota de participación política de los partidos de izquierda en el conjunto del sistema, se sitúan en esa línea de mejorar la fachada de esta democracia, añadiéndole algunos colores que demuestren pluralismo y apertura buscando así mantener el apoyo masivo expresado en la participación electoral.

POSIBILIDADES DE MUDANZA

También en estos cinco años se ha acelerado el proceso de politización del

conjunto de la sociedad venezolana. El vivir en un sistema democrático relativamente estable ha hecho posible que la conciencia e interés de amplios sectores de la población por la "cosa pública" haya aumentado. Igualmente, el tener que enfrentar la solución de los problemas cotidianos sin poder echarle la culpa a la dictadura y experimentando los límites reales de una acción estatal, aunque sea la de un "Estado democrático" ha permitido profundizar la conciencia de la necesidad de fortalecer el tejido social en todas sus dimensiones.

Los pequeños pasos dados en la revitalización de la vida municipal y los problemas de las grandes aglomeraciones urbanas han contribuido en ese sentido. Hoy nos encontramos con muchos más venezolanos interesados por los problemas del país y dispuestos a incorporarse a organizaciones que busquen soluciones concretas. Ese interés político corre parejo con el desinterés por los partidos políticos que son experimentados como organizaciones cada vez más lejanas de ese esfuerzo directo de gestión de los problemas sociales.

Al final de este quinquenio podemos decir que en Venezuela está sembrada la semilla de los movimientos surgidos del seno mismo de la sociedad civil. Se experimenta la casa construida por esta democracia como estrecha y con los espacios internos mal distribuidos. Los esfuerzos por construir una nueva casa democrática en la que el pueblo organizado decida y gestione los espacios interiores y su vida cotidiana van lentamente creciendo.

Hace un par de meses SIC abrió su edición con un editorial titulado "la crisis como oportunidad" (No. 458, sept-oct. 1983) en el que se decía: "En esta época de cambio aun lo valioso de nuestra democracia política y sobre todo social no se mantendrá por inercia; se mantendrá únicamente si lo profundizamos dotándolo de cauces adecuados a lo que hemos llegado a ser por el proceso de crecimiento humano, social y político ocurrido en estas décadas, y acorde también a las nuevas posibilidades y límites". El balance nos da que estamos en un momento en que son necesarias nuevas "inversiones" para salvar transformando lo que han sido los esfuerzos democráticos de los últimos 25 años. La propia inercia del sistema no lleva a eso. La mudanza sólo puede ser efectivamente lograda por la organización del pueblo.